



EL MARQUES DE JAVALQUINTO.

Cuento.

**E**l gran mundo de la corte de Madrid, y grande debe sin duda haber sido el vivir en la coronada villa de Madrid, durante el reinado estravagante del Señor D. Felipe IV, de feliz recordación para poetas y comediantes. Aquella vida de talento y contentamiento propio, aquel sistema de desprecio universal, de completa y admirable burla, de francachelas y truanerías, por cierto, no poco se prestaban á los ingeniosos enredos de la comedia y á los chistes agudos del epigrama. Así es que, desde Calderon, el galán y caballeresco, hasta Quevedo, el mordaz y socarrón, de todos tintes y matices ha habido ingenios en aquella corte privilegiada. El rey, inteligente y bondadoso, no era el protector de los poetas, como el glorioso tiranuelo de Francia, Luis XIV, sino su verdadero y entusiasta amigo. El francés hacia dormir al grande, al eterno Racine á los pies de su cama, cual si fuese este un sabueso; mientras que el español permitía que Quevedo le hablase con el sombrero puesto y el embozo echado, y le dijese por disculpa burlescamente:

En estas mañanas frías,  
Los amigos verdaderos,  
Ni se dan los buenos días,  
Ni se quitan los sombreros.

De trescientos pasaban los escritores de aquellos días, cuyos nombres y obras han llegado hasta nosotros; y á buen quiera más menudamente enterarse de esta verdad y sus detalles, remitiremos al *Laurel de Apolo*, del félix Lope, y al *Para Todos* del exacto, sino sublime, Montalvan.

Segunda série.—TOMO II.

Uno de los poetas que por aquellos tiempos gozaban sin la menor contradicción de los favores del público era el marqués de Javalquinto, discípulo y amigo del eternamente sublime Calderon, y amigo y un tanto maestro del galán poeta Coronado. La sensatez de su razón, la exactitud de su gusto, el elegante tono de sus modales, la delicadeza de su alma, todo contribuía á que fuese generalmente amado, si bien no siempre era estrepitosamente aplaudido. Sus obras dramáticas, de las cuales se conservan algunas, eran correctas y nobles, pero carecían en general de esa sal cómica, en verdad, en verdad algo extraña á aquella época. En cambio, escepto Calderon, nadie le escedía en conceptos altos y portentosos, y ninguno, incluso él, le igualaba en afectuosidad amorosa y galantería caballeresca. Así, ninguno lograba atraer la buena voluntad y amorosos sentimientos de las hermosas, cual este noble poeta, y ni el mismo galán y afortunado Villamediana se atrevía á disputarle la palma de la victoria en las justas y combates de amor. Y era lo mas extraño en esto que el marqués, aunque satisfecho de su fortuna, no usaba de ella, ni mostrando vanagloria, ni oprimiendo ó despreciando al sexo de la flaqueza.

En el día á que nos referimos, el joven marqués reunía á su mesa al anciano Lope, cuya secunda musa es y será el milagro de la naturaleza; al conde de Coruña, poeta también y hombre de gusto; al burlón y satírico conde de Simela; al calumniado Montalvan; al marqués de Alcañices, cuyo voto en materias de gusto era sin apelación; y en suma á otros varios ingenios de la época. Sazonaba dulce y alegremente la comida una conver-

4 de octubre de 1840.



sacion chistosa y alegre, siendo el objeto de esta la comedia, hoy perdida para el mundo, de las letras que Calderon acababa de publicar con el título de *D. Quijote de la Mancha*. Si hemos de juzgar del mérito de esta produccion por los entusiastas aplausos que mereció, por el agudo chiste del argumento, y por el mérito del autor, mucho ha perdido la corona literaria de España perdiendo este brillante florón. Pero el siglo contemporáneo, siempre escaso apreciador, no dejó al nuestro mas que el título de aquella obra, y tal cual elogio en obras muy poco conocidas. Una cosa parecerá locamente extraña á nuestros lectores; y es, que tratándose de asunto tal, no hagamos mencion del engendrador de tan portentoso argumento, de este *Cervantes* que su siglo dejó morir de hambre, como este siglo puede dejar perecer de pobreza á escritores tan insignes como él, porque el siglo en que vivimos nos juzga á nosotros, ve demasiado nuestros defectos personales, nuestro rango y amabilidad, y no bastante quizá el mérito de nuestras obras. Pues, si ni nombrado hemos á Cervantes, es de ello causa, que en la mesa de *Javalquinto* á que nos referimos, nadie se acordó del ilustre estropeado de *Lepanto*, del baldero de *Toledo*, del protegido de un Señor de buen corazon.

Los razonamientos agudos volaban de mesa; ya uno decia del marqués de Santa Cruz y con este el chusco Villamediana

El marqués de Santa Cruz  
Nunca cometió deslíz;  
Un día come perdis,  
Otro se acuesta sin luz.

ya otro, igualmente socarrón, hablando del gran duque de Osuna, decia:

El duque bienes ageros!  
Fue tan humilde, que el rey  
Le dió oficio de virey,  
Y aspiró á dos letras menos.

Sarcasmo que fue bien recibido, á pesar de la amistad de todos hácia el grande hombre; pero era conveniente que todo allí se podía decir, siempre que se dijese con gracia. Referir todos estos dulces coloquios fuera interminable, y así solo haremos mencion de lo que importa á nuestro cuento.

Conviene saber que el marqués de *Javalquinto* que presidia la mesa, se hallaba de espaldas á una puerta, y como así estuviese, tomó el vaso lleno de *Lacrime Cristi*, única que allí habia, y dijo:

Con la de Cristo brindemos

Al rey que todos amamos,

Ya que aquí no lo tenemos...

Y al ir á continuar la redondilla, fue interrumpido el marqués por una voz que de detrás de él salia, concluyendo así la improvisacion:

Porque no le convidamos.

Era el rey mismo que con el duque de *Sesa*, su anciano amigo, habia llegado hasta aquel sitio sin ser sentido. Los vítores y aplausos llovieron sobre la improvisacion real, tan oportuna y cariñosa. Llenó el rey poel la copa de Jerez, y prestándose á apurarla, dijo:

Ya que pensásteis comer  
Sin haberme convidado,  
Mis amigos, he pensado  
Solo esta copa beber.

Bebió, en efecto, solo por castigar á sus amigos, cuando hubo concluido, tomó del brazo al marqués, señor de aquella casa, y llevándolo á otra habitacion, así le dijo:

—Vengo á vos, mi buen marqués, porque sois mi amigo, y quiero que me saqueis de un lance en que me encuentro.

—Señor, V. M....



—Marqués, interrumpió vivamente el rey, S. M. el rey de España y de sus ludías vive en el palacio del *Buen Retiro*. El que viene á vos es un ingenio de esta corte.

—Pues bien, señor ingenio, al rey y al ingenio, á entrambos amo. Decía magestad, porque sé que á los grandes y á los gatos es fuerza empezar siempre tratándolos con respeto, porque suelen sacar las uñas cuando uno menos piensa.

—También yo sé que á los amigos y á los perros es preciso tratarlos con cariño, porque aunque ladren, siempre lamen los pies de aquel á quien aman.

Ahora bien, marqués, sabéis á qué vengo? Háme sucedido una extraña aventura. Antes de ayer en mi real palacio del *Buen Retiro* encontréme con la mujer más linda de la corona de Castilla; su traje de comendadora realzaba portentosamente su hermosura. Por cariño á mí me dejó ver el rostro más peregrino que haya jamás visto. Ella no me conocía; pero pareció interesarse por mí. Quedamos citados para anoche, y anoche volvió. Oh! estoy loco de amor, mi buen marqués.

—Y tenéis necesidad de hablar de ello para ser feliz; propiedad de todo enamorado.

—No, mi buen amigo, vengo á tí por necesidad. Anoche á última hora me ofreció ella poner un lazo en su reja, y yo le di palabra de pasar y tomarlo, para que así me conociera.

—Y queréis que os acompañe.

—No, que vayais solo.

—Solo, Señor! queréis engañarla más todavía.... me pondré el antifaz.

—No, marqués, ireis sin él. Yo lo exijo de vuestra amistad.

—Señor, no os entiendo.

—Tened paciencia, y me entenderéis. Cuando *Leonor*, que este es el nombre de mi amada, me daba tan deliciosa cita, la reina estaba inmediata á ella. Oyólo casi todo. Cuando nos retiramos á mi estancia díome quejas. Sabéis cómo la disuadí? Diciéndole que erais vos el favorecido, y me lo habíais contado á mí. Ella es celosa, y querrá tal vez cerciorarse más y más. Sacadme, pues, de tan terrible compromiso. Perdonad que me haya servido de vuestro nombre.

—Pero es inútil, Señor, ir con antifaz; la reina os verá á la hora de la cita, y verá á otro tomar el lazo.

—Puede creer que es algún criado, y tiene de vos demasiada buena opinión para no creer que todas las mujeres os den citas. Id, y si le habláis, decidle que la amo con delirio.

—Iré, pues, Señor; pero si el diablo se mezcla en este asunto, dadme desde luego vuestra absolución.

—La llevaréis. — Sois demasiado leal.

—Y vos sobrado mi amigo.

—Esto dicho, se separaron el rey y el marqués.

## II.

Eran las seis de la tarde; el sol bajaba magestuoso á besar las aguas del *Buen Retiro*, y la estrella de *Venus* huía ya con su acostumbrada hermosura. No lejos de la puerta de la Vega, en Madrid, una casa pintada de almazarrón miraba á Oriente como para recibir los rayos primeros de la mañana. Seis rejas bajas, divididas en dos lados, parecían centinela de una puerta de herradura grande y antigua. En una de ellas, la última al norte, estaba sentada *Doña Leonor de Mendoza*, entretenida en dulces coloquios con su madre vigilante y anciana. En la reja más meridional un lazo verde hallábase ligeramente atado, y este era el objeto de toda la atención de la jó-

ven castellana. Los cabellos de esta eran negros y suaves como la seda destrenzada; sus ojos salientes y oscuros lanzaban al acaso unas miradas profundas, que solo un águila podía sostener; su boca era la boca casta del placer, y todo su porte y elegancia parecían formados ó para presidir el torneo más espléndido, ó para servir de modelo á la más perfecta de las creaciones. Su rostro revelaba una impaciencia en la hora aquella, impaciencia cuya causa buscaba en vano la cariñosa madre, y que hubieran hallado fácilmente nuestros lectores. Es claro que la dulce y sabrosa broma del rey le prestaba recuerdos deliciosos, y el deseo de conocer quien fuese caballero tan galán y entendido la movía más y más á desear con ansia el momento próximo de la cita. A menudo creía que el máscara no acudía á por el lazo, y este pensamiento la angustiaba; creía otras que, aunque tan lleno de talento y gracia, podía ser aquel caballero algún hombre de aspecto inferior á su antifaz, ó tal vez menos gallardo de lo que ella podía desear. Pero se encomendaba ardiente á su buena estrella para que aquel esperado caballero fuese tan apuesto y noble como ella lo había concebido.

No tuvo mucho que esperar la doncella: á breve rato un gallardo joven con negros ojos y cabellera negra, con miradas ardientes y paso noble se divisó á lo lejos. Llegaba con mucho desembarazo un abanico en la mano; soltó el lazo de la última ventana con acción imperceptible, y lleno de gracia se acercó á la bella *Leonor*. Hizo, como que no reparaba en el rostro, escarlata de gozo y vergüenza de la doncella, y dirigiéndose á su amada, le dijo:

—Señora, perdonad se acerque á hablaros un desconocido. En el baile de palacio de ayer encontré por acaso este delicado abanico; á duras penas indagué que era vuestro, y vengo yo mismo á traérosle.

—Doy mil gracias á vuestra cortesanía, caballero. Es de *Leonor*, en efecto, que lo dejó extraviado. No sabéis el placer que me dáis, porque es un recuerdo de mi amada abuela. Si queréis entrar, os daremos las gracias con más espacio.

—Perdonad, señora, sino os complazco. Mi deber me llama.

—Al menos queréis dejarnos vuestro nombre?

—No tengo en ello reparo. Soy el marqués de *Javalquinto*.

—Poeta, murmuró *Leonor*.

—Sea por muchos años, contestó la anciana; conocí á vuestra madre, que en paz descansa. A vos conocí cuando niño; jugabais siempre con mi niña en casa de mi prima la de *Malpica*. Despues las desgracias me han alejado del mundo.

—Lo celebro, señora, y volveré á daros las gracias.

—Cuando gustéis, hidalgo.

Dicho lo cual, la joven, penetrada del dardo profundo de una voz metálica y deliciosa, y prendada de aquel porte esvelto y magestuoso, quedó muda sin atender á las alabanzas que la buena madre daba á la marquesa de *Javalquinto*. El caballero, por su parte, apasionado de las miradas de *Leonor*, llevaba en el corazón el remordimiento de haber hecho ofensa á su rey y amigo. Y cuando á la mañana siguiente le dió cuenta de su comisión, añadióle: «Señor, yo esta noche no asistiré á las máscaras.»

—Sois un loco, marqués, le dijo el rey.

—Sí, señor, en llevar abanicos en nombre ageno á la mas bella de Madrid.

Entró entonces la reina, y entre bromas y coloquios sabrosos pasó la hora de las visitas.



## III.

Eran las altas horas de la noche; los estensos salones del *Buen Retiro* estaban llenos de graciosas y elegantes máscaras. Una, entre todas, llevaba un disfraz extraño, y como puesto no para lucirse, sino para ser conocida. Un lazo verde llevaba prendido al lado izquierdo, y se conoce que lo llevaba con mas orgullo que pudiera un hábito de Alcántara. Sentóse en un sillón como fastidiado de no haber hallado á quien buscaba; pero á breve rato una bella y elegante máscara, ligeramente cubierta, se le acercó, y tomándole modestamente por el brazo, le dijo al oído.

—No pude venir antes.

—Bendita, le fué contestado, os buscaba. Anoche he soñado con vos.

—Y yo con vos eternamente. Desde que anocheció no he hecho mas que repetir vuestros versos divinos.

—Mis versos, y quién os dijo?... quién os los dió?—

—Lo bueno es tan popular en estos tiempos!

—Y lo admirable tan raro!

—Como vuestra gracia, marqués.

—Como vuestra belleza, reina. Por qué me llamais marqués?

—Porque lo sois.

Lo soy, es verdad; pero no acostumbro á oírme llamar. Llamadme *Felipe* fuera de aquí, y aquí *D. Juan*, *D. Pedro*, como querais mejor.

—Es vuestro nombre *Felipe*?

—El mismo.

—Cosa extraña! sois tocayo del rey!....

—Del rey! Os burlais, Leonor.

—Oh dejadme repetir vuestros versos.

Son las flores de la vida  
Los primeros sentimientos;  
Amarlos es mi delicia,  
Acariciarlos mi empleo.  
Besar las trenzas de seda  
De nuestro angélico dueño,  
Estrechar su blanca mano,  
Contemplar su rostro bello,  
Eso es vivir en la tierra.  
Como se vive en el cielo.

—Estos versos no son míos, Leonor.

—No son vuestros? Yo los leí en vuestra comedia, *Quien no sepa mas que aprenda*.

—Esa comedia no es mía, Leonor.

—Pues un amigo vuestro, Señor, me la dió por vuestra. De quién es, pues?

—Del marqués de *Javalquinto*.

—Del marqués de *Javalquinto*? y quién sois vos? Dijo asustada la engañada doncella.

—El máscara de las otras noches.

—Pero, quién sois vos, quién sois vos? pronto.

—No me dijisteis que lo sabiais?

—Quién sois, por los ángeles.

—Soy el que mas os ama en la tierra.

—Sí, pero vuestro nombre?

—Qué os importa?

—Decídmelo, ó me voy para nunca volver.

—Pues os lo diré. Soy el rey.

Al decir esto, la jóven soltó el brazo de *Felipe*, y, llena de dignidad, le dijo:

—Señor, perdonad; os escuché dos noches sin conocerlos; hoy creí que erais el marqués de *Javalquinto*; que á él es á quien dí ese lazo.

—Pero á mí fué á quien le ofrecisteis.

—Pero él fué quien lo recogió. — A él dí yo el lazo.

—Y sin duda el corazón.

—Así es, Señor.

—Pues lindo papel he hecho en esta comedia.

—Consolaos, Señor; en otras lo hareis mejor. Os sobran galanteos.

—Pero no las hermosas como vos.

—Señor, yo no os amo á vos; amo al marqués de *Javalquinto*; aunque os amara, nunca lo sabriais: sois casado.

—El marqués de *Javalquinto* lo es tambien.

—Infeliz de mí! dijo la jóven aterrada.... y desapareció.

## IV.

Un mes despues tomó el hábito en las comedadoras de Toledo *Doña Leonor de Mendoza*, la mujer mas bella de su siglo, siendo padrino de la toma de hábito el rey *Felipe* de España, y hallándose presentes los caballeros todos de su corte, excepto el marqués de *Javalquinto*. Este, durante un año, permaneció llorando en su casa, despues de cuyo tiempo iba á menudo á orar á la iglesia de las Comendadoras: entraba á la iglesia antes que las religiosas al coro, y salia despues que todas. *Doña Leonor* y él se volvieron á ver una vez mas en la vida; pero jamás se volvieron á hablar.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

## GEOGRAFIA.

## REGION CALAICA.



Como un apéndice de la region *Cantábrica* puede ser considerada la *Calaica*, separada solamente de ella al septentrion por el gran Sistema Pirenaico hasta su hundimiento en los senos del Océano por el cabo de *Finisterre*. Una cadena subalterna (acaso la principal) de esta enorme mole, que se desprende de ella en los linderos de Asturias, al Occidente del puerto de *Pajares* y á los 2° 10' O. del meridiano de Madrid; se dirige oblicuamente hacia S. O. con los nombres de *Rabanal*, *S. Mamed* y *Jerez*, dando origen á otras ramificaciones, una de las cuales sirve de cumbre divisoria entre los rios *Tamaga* y *Ave* para terminar cerca de la desembocadura del Duero, en los dominios portugueses, y como para separar por el medio á esta region del dilatado valle de aquel gran rio.

Atendidos estos confines naturales, es fácil conocer que esta region física comprende la mayor parte de Galicia, el distrito conocido con el nombre del Vierzo, y una gran porcion de la provincia que por su situacion se denomina en Portugal, la de *entre Duero y Miño*.

Atraviesan toda esta region seis ó siete cadenas procedentes de las principales y compuestas de montes encumbrados y coronados de nieve la mayor parte del año, é interrumpidos con valles profundos regados por rios (entre los que el *Miño* ocupa el primer lugar), por arroyos perennes, y á veces por torrentes impetuosos (1).

(1) Estos paisés están muy bien regados. Ademas de la multitud de riachuelos poco conocidos que confluyen en el *Miño*, se distinguen por mas conocidos en Galicia los de *Lerez*, *Ulla*, *Fambre*, y *Ezaro*; y en Portugal, los de *Lima* (navegable 6 leguas), el *Cavado* y el *Ave*. Descargan en el Océano sus aguas.



lo que presta al país un aspecto, si bien agreste en algunos puntos, en lo general variado, y le hace contemplar por el naturalista como un fortísimo peñasco inclinado al Occidente, que la Providencia ha dispuesto para fortificar aquel ángulo de la Península con sus numerosos estribos, como se robustecen los esquinzos de un vasto y sólido edificio.

Las costas de este poderoso vecino participan de la desigualdad y variedad del terreno, y ningunas otras de la Península presentan tantas sinuosidades ni aun tan profundas algunas, como las que ofrece Galicia en las 56 leguas que corresponden á la región de que hablamos. En las 25 que tiene la provincia de Entre Duero y Miño se vé una escotadura bastante profunda hácia el centro. El puerto de *Viana*, cuyo muelle baña el poderoso Lima; la desembocadura fronteriza del Miño; el puerto de *Bayona*; la amplia y limpia ría de *Vigo*; la de *Pontevedra*; la espaciosa de *Arosa*; la de *Roya* y la de *Corcubion* en la que se precipita el río Ezare por una bella cascada, son puntos marítimos muy notables, que formando todo un litoral compuesto de entradas, penínsulas y cabos, se halla guarnecida por mayor número de puertos que otras provincias de nuestra Península.

Aunque el clima es frío en toda la parte central por efecto de su elevación; aunque las continuas lluvias entristezcan no pocos distritos; sin embargo es apacible y templado hácia la costa, tanto por la inmediación del mar como por los benéficos influjos de los céfiros del Occidente.

Es lástima que su mineralogía no nos sea mas familiar; pero entre los productos de esta clase, es conocido en la historia el oro que el *Sil* arrastraba en otros tiempos entre sus corrientes; riqueza agotada en su origen por la avaricia romana, y cuyos restos se manifiestan aun en algunas partículas, que bien que escasas, se muestran de vez en cuando.

Si la vegetación no es tan rica como en nuestras comarcas meridionales, no por eso es tan despreciable que no merezca fijar nuestra atención.

Las campiñas de Orense y Rivadavia, las de Monforte, Tuy, Pontevedra y Entre Duero y Miño, y el fértil valle de Miño, son muy feraces, y en muchas de ellas se vé ya la influencia de un país templado.

La frondosidad de algunos sitios es notable, y no falta bastante madera de construcción ni pastos abundantes para sus ganados vacuno, caballar y de cerda, que forman un ramo no despreciable de industria en el país. Otro artículo importante es la pesca tan abundante como esquisita en sus costas y ríos. El *congrío*, *raya*, *mielga*, *pulpo* y otras cien especies son copiosísimas; siendo bien conocida la fama de los *sábalos* y *lampreas* del Miño; las truchas de otros ríos; las *sardinias* de Vigo; las *ostras* de Redondela; los *salmones*, *mógiles*, *sollos*, *reos* y *lenguados* del río Lerez, afluente de la ría de Pontevedra, y los pescados que de estas y otras especies pueblase la marina y ríos de la parte portuguesa que corresponde á estas regiones.

Habítala una nación céltica de origen, brava, laboriosa, constante y dotada de la fuerza y robustez propias del Norte. Los hombres muestran siempre deseos de ocuparse, y son inteligentes en la agricultura: las mujeres les ayudan en las faenas campestres, y la rueca es para ellas una especie de adorno, un instrumento de ocupación continua. Unos y otras son aplicados á sus intereses, y entienden bien la economía doméstica. La población es numerosa, y no deja de llamar la atención si se considera que no es grande la extensión de esta comarca; que mucha parte de su superficie está cubierta de montes y

peñascos; que carece parte de ella de artículos esenciales de subsistencia y de riqueza; que hay pocos propietarios, y que no deja de haber bastantes emigraciones; pero lo cierto es que á pesar de todo esto cuenta cerca de dos millones de habitantes, ateniéndonos á un cálculo prudencial. Solo la provincia de *Entre Duero y Miño*, que no obstante su corta extensión es país por otra parte de lo mas fértil de esta región, cuenta en ella al pié de 900.000 almas, población que escede á la de los países mejor poblados de Europa. Respecto de la de Galicia no debemos dejar de observar que ha ido tomando incremento desde el siglo XVI hasta nuestros días; lo que no es menos admirable si se considera que desde la misma fecha ha ido á menos la de otras provincias aun mas favorecidas por la naturaleza.

El sistema primitivo y patriarcal de caseríos esparcidos y pequeñas aldeas que aquí se observa, el pastoreo unido á la labranza, la grande elaboración de lino, la aplicación al cultivo de la tierra, la pesca y otros medios de subsistencia favorecen sin duda este aumento de población.

Háblanse en ella dos dialectos hijos de un idioma corrupto que nació en medio de la oscuridad de los siglos bárbaros; pero que adquirió su perfecta formación muy á los principios del siglo XII, contribuyendo á esto el establecimiento de dos príncipes franceses D. Enrique y D. Raimundo de Borgoña, casados con las hijas del rey de Castilla D. Alonso VI, y condes-feudatarios de esta corona. Muchos franceses, como es natural, se establecieron con ellos, segun las conjeturas de *terreros y merinos*, y de la introducción de muchos vocablos *lorenses* y *borgoñones* de aquella época, con los latinos corruptos desde la dominación de los suevos y de los godos; con muchos de la lengua castellana que entonces se formaba, y con la agregación de no pocos modismos peculiares al país, se fué organizando este idioma que posteriormente se dividió, como hemos dicho, en *gallego* y *portugués*: este tuvo su origen en esta región, y despues se propagó á todo lo que se llama Portugal cuando las armas cristianas fueron en lo sucesivo apoderándose de sus dominios, y arrancándolos del poder mahometano.

Los *bracaros* y los *nerios* habitaban esta región en los primeros albores de nuestra historia, y segun el testimonio de Estrabon y de otros autores de la antigüedad eran belicosos, tenacisimos en la defensa, sufridos en la adversidad, y dificultosísimos de subyugar. Al fin de muchos años de esfuerzos fueron sometidos por los romanos, quienes hicieron tanto caso de esta comarca que la pusieron á la cabeza de otras confinantes, estableciendo en ella dos colonias augustas (*Braga y Lugo*) con audiencias (*conventos jurídicos*) para administrar justicia. Distinguiase ya entonces, ademas de estos pueblos privilegiados, Iria Flavia (*Padron*) Aurium (*Orense*) Tyde (*Tuy*) y Belgidum en el Vierzo: dos grandes calzadas facilitaban las principales comunicaciones; una por los puntos próximos á la costa, y la otra por el interior entre las dos Colonias-Audiencias.

Despues de aquella dominación constituyó este país la porción principal y mas permanente de la de los suevos, cuyos monarcas tenían su corte en Braga en el siglo y medio de su existencia política. Los visigodos se apoderaron de este reino bajo el reinado del activo Leovigildo, y le conservaron con vigilancia hasta el infeliz ocazo de su poderosa monarquía, en el que los sarracenos se posesionaron de la mayor y mejor parte de esta región, si acaso no fué de toda ella. Su suerte en los primeros cinco siglos de aquellas prolongadísimas guerras experimentó no pequeñas vicisitudes; y si bien no tardó mucho tiem-



po despues de la invasion en restaurarse, la vemos no obstante hasta fines del siglo X acometida con frecuentes y á veces duraderas incursiones de los mahometanos, alternadas con las de los piratas normandos, aun mas feroces y devastadores que aquellos, y cuyas rapiñas y desolacion se estendian hasta pueblos separados bastante de su litoral.

Ademas de estas desventuras no dejó de experimentar este pais bastantes inquietudes domésticas y alternativas, motivadas unas veces por sublevaciones populares contra la autoridad de los reyes de Asturias, y otras por resentimientos de sus nobles y ricos hombres. Constituido provincia de la corona de Leon, seguia por lo ordinario la suerte de esta monarquía, aunque tambien en algunas ocasiones tuvo sus reyes particulares, que sin embargo no transmitieron á su posteridad este estado desmembrado de la diadema leonesa.

Esta region fué dividida de un modo independiente en parte española y portuguesa en el siglo XII. Hasta entonces esta última estaba sujeta á la monarquía castellana, y Henrique de Borgoña, yerno de Alfonso VI, la habia gobernado con título de conde, aunque con mucha autoridad hasta el año de 1112 en que falleció. Heredó este estado con el mismo título y preeminencias su hijo Don Alonso, que fué uno de los héroes de aquella edad y el fundador de la monarquía portuguesa, pues habiendo obtenido en 1139 la memorable victoria de *Ourique* contra todas las fuerzas de los moros confinantes, fué aclamado rey por sus soldados en el campo mismo de batalla, á cuya aclamacion correspondieron los pueblos (1).

El nuevo monarca se dispuso á sostener su nueva dignidad, á pesar de la oposicion de Alfonso VII de Castilla, y esta comarca fué durante algun tiempo el teatro de nuevas hostilidades hasta que se transigieron estas desavenencias mejor de lo que se creia y esperaba. La situacion de este pais le hizo denominar provincia de *Entre-Douro e Minho* por los dos grandes rios que le limitan al N. y al S. La primera corte de estos príncipes fué *Guimaraens* en esta misma provincia, de donde se cree era natural el mismo príncipe Alfonso Enriquez.

F. FABRE.

#### NOTICIA HISTÓRICA DE LOS ADELANTADOS.

**S**égnase cuando se establecieron los Adelantados, aunque algunos fijan su origen en el reinado del Rey Fernando III, llamado el Santo, pues antes de él no se hace mencion de este empleo. El padre de este monarca tuvo por Adelantado de Leon á D. Martin Sanchez su primo hermano y su cuñado, hijo de D. Sancho, Rey de Portugal, y de Doña Maria Fernelos, segun Duarte Nuñez de Leon escritor célebre.

En la historia de S. Pedro de Arlanza se refiere que Niño Nuñez Rasura, justicia mayor de Castilla, casó con Theuda ó Toda, hija de Teudo, Adelantado de Leon.

D. Fernando Fernandez fue Adelantado de Estrema-

dura reinando Alfonso el Bueno. Comprendia Estremadura todo el territorio de las márgenes del Duero desde Soria á Portugal; por lo que los antiguos llamaron á Soria puerta de Estremadura; y por ello se viene en conocimiento de que los Adelantados son anteriores á aquel príncipe.

Era este empleo de tan elevada dignidad que las mismas leyes lo engrandecen, en términos de conocerse por ellas que solo el Rey era superior á los Adelantados. La de Partida, lib. 22, tit. 9, Part. 2, dice: «*Adelantado tanto quiere decir, como Home metido adelante en algun fecho señalado por mandado del Rey: é por esta razon el que antiguamente era puesto sobre la tierra Grande, llamáronle en latin Præses Provincie.*» Despues añade. «*El oficio de este es muy grande, ca es puesto por mandado del Rey sobre todos los Merinos, tambien sobre todos los de las Comarcas, é Alfoces, como sobre los otros de las villas.*» Y mas adelante. «*El puede oir las alçadas que ficiesen los Homes de los juicios que diesen los Alcaldes de las Villas. contra ellos, de que se tuviesen por agraviados aquellos, que el Rey oiría si en la tierra fuese.*» En otra ley, que es la 2.<sup>a</sup>, tit. 9, Part. 2.<sup>a</sup>, llámase al Adelantado *el capitán general*. Segun estas definiciones era en paz como presidente ó justicia mayor de algun reino ó provincia, y en la guerra el capitán general.

Por todo se colige la alta categoría de los Adelantados, igualándolos otra ley con los Almirantes; pero la 24 del tit. citado ordena sean los dos castigados con una misma pena si delinquieren.

Hay decretos que señalan al Canciller mayor 600 maravedises por los derechos de Adelantados (suma considerable en aquellos tiempos), lo mismo que por el título de Almirante y el de Duque; con lo que se prueba que estas tres dignidades eran iguales en honores y emolumentos. En los edictos y bandos, la fórmula de la publicacion era: «*el Rey y su Adelantado ordenan se ejecute etc.*»

El primer Adelantado que se conoció en el reinado de San Fernando fue D. Alfonso Perez de Castro, que murió en ocasion de llevar un socorro considerable á Córdoba por orden del Rey: disfrutó aquel empleo con el título de Adelantado de la frontera y Andalucía. Despues lo fue un hermano del Rey llamado D. Rodrigo Alfonso de Leon, con poder absoluto en paz y en guerra. El infante D. Manuel lo fue igualmente de Murcia.

En el reinado de D. Alfonso el Sábio hubo muchos Adelantados. En el de D. Sancho el Bravo los hubo tambien de todas las provincias libres de la dominacion árabe. En el de D. Fernando IV fueron 14 los Adelantados. Reinando D. Alfonso, último de este nombre, se contaron mas de 17, entre ellos el infante D. Fadrique, hijo del rey. En tiempo de Enrique II hubo tambien diferentes Adelantados de quienes hace mencion la historia.

De todo lo referido se infiere que los empleos de Adelantados gozaron de grande honor y dignidad, porque cuando los Reyes Católicos conquistaron á Granada establecieron tambien otro Adelantado, ademas de los que habia, con título de la iglesia de Toledo, que desde aquel tiempo poseyó la misma conservando la jurisdiccion aneja á este empleo; diferenciándose en esto de los demas Adelantados que solo gozaban los honores de tales. Permaneció despues en la casa de los Duques de Arcos, como Duques de Maqueda.

SEBASTIAN HERNANDEZ.

(1) Segun dicen muchos historiadores, entre los trofeos ganados en esta batalla se distinguian cinco estandartes reales azules de los moros, que el rey tomó por blason, y son los que hasta el dia se ven representados en el escudo real de Portugal como monumento de su gloria.



## LA CARTUJA DE VALDEMUSA.



A villa de Valldemusa que antes de la conquista de la isla fue un caserío que perteneció á Musa, moro rico y poderoso, está situada en lugar alto, entre elevados montes, y á distancia de 3 leguas de la ciudad de Palma. Célebre desde la mas remota antigüedad por la fertilidad de su suelo, por su abundancia de ricas aguas, y por la pureza de sus aires, fue escogida por el rey D. Sancho I de Mallorca para tener en ella uno de sus reales sitios. En efecto, con real privilegio de 3 de julio de 1521 mandó el referido monarca edificar un suntuoso alcázar sobre el monte del *Pujol*, cuyos planos y su ejecucion confió al arquitecto mallorquín Guillermo Jordá, y terminado ya en 1524 se encargó su custodia al honorable Martin Montaner que fue su primer alcaide. La importancia de este palacio no tan solo se deduce de haber sido el punto donde los reyes de Mallorca tenían su alconár, sino tambien de la multitud de reales órdenes que se espidieron para que los representantes del patrimonio de S. M. cuidasen de su conservacion. Por último, D. Martin de Aragon y Mallorca, único soberano de su nombre, con privilegio de 15 de junio de 1399 dado en la Aljafería de Zaragoza, dió este alcázar, con sus aguas, jardines y bosques, al P. D. Pedro de Solanes, jurista y monge profeso de la Cartuja de Scala Dei para fundacion de un monasterio de su orden. Llevóse esta á cabo, y en 8 de mayo de 1446 el Ilmo. Sr. D. Fr. Juan de Aranda, obispo albanense, consagró la iglesia. Esta tira 28 varas de largo con 8 y media de ancho, se empezó su reedificacion en 1717: su fábrica es de buena piedra, su bóveda de hermosa ojiva, cuyos arcos cruzados apoyan sobre repisas en lugar de columnas. En ella es digna de admiracion la hermosa sillería de su coro; los 15 lienzos que representan los misterios de dolor y gozo pintados en 1676 por el sábio profesor Fr. Joaquin Juncosa, cartujo catalán que murió en 1708, en los que se ve mucha fuerza de claro-oscuro y valentía de dibujo: el altar de campaña del rey Don Martin que consiste en dos tablas á modo de libro, una con la imágen de la virgen y otra con la de Jesucristo, siendo trabajo delicadísimo los encajes y flores del ropage, y de un mérito singular las dos antiquísimas pinturas. Es muy regular que estas y las de Fr. Joaquin Juncosa las haya recogido el *Instituto Balear*, sucesor de la desgraciada universidad literaria que tantos hombres insignes produjo al mundo científico, para colocarlas en el museo provincial, establecimiento que si no nos han engañado no ha llegado á realizarse. En el altar mayor se ven de bulto, una virgen dolorosa, San Bruno, San Juan, y la beata Catalina Tomás, todo obra bien ejecutada del esclarecido escultor Adriano Ferran, y en la sacristia varios lienzos del citado Juncosa y de otros profesores célebres, que segun un artículo del *Progreso* se están perdiendo en el zaguán del estudio general de Palma.

Lo único que existe del antiguo destino de nuestra Cartuja, es la horrorosa cava en que se conserva algunas argollas, y una elevadísima torre con varios falconetes y tercerolas que sirvieron para defensa del pueblo en las distintas incursiones de los moros.

Vivian en este monasterio el 12 de agosto de 1835, día en que se decretó su supresion, 22 monges, que empleaban en limosnas todo su crecido patrimonio. En la Cartuja estuvo preso el sapientísimo Jovellanos, lumbrera de la literatura española, desde 18 de abril de 1801

hasta 5 de mayo de 1802, y en ella escribió las excelentes representaciones dirigidas á Carlos IV, la bella epístola moral sobre los vanos deseos y los estudios de los hombres, y otras de sus escogidas producciones.

Oigase como cantaba el erudito Rodoyeda los milagros de la amena Valldemusa:

En el ibérico mar  
una isla está elevada,  
la mayor de las Baleares  
cuya capital es Palma,  
que en mil doscientos y treinta  
nuestra gente conquistaba.

En aquella un valle ameno  
Musa el moro gobernaba  
antes que Jaime el invicto  
lo echase de él á lanzadas.  
Valle frondoso y profundo  
cercado de altas montañas,  
cuyas cumbres eminentes  
de peñascos coronadas  
ofrecen raros caprichos  
é inaccesibles murallas.

Pródiga natura en ellas  
por sus faldas y quebradas  
de inmensas matas y encinas  
ostenta pomposa gala,  
á favor de los canales  
que en pintorescas cascadas  
con agradable murmullo  
forman cristalinas aguas.

Alamos, de lo mas hondo  
á la alta cumbre amenazan.

En los picachos se asoma  
algun roble de atalaya,  
y enjambres de pajarillos  
conciertan en las cañadas.

Allí los hijos de Agar  
con gran arte cultivaban,  
poniendo en anchos bancales  
las tierras desniveladas  
que sostienen gruesos muros  
de piedra bien ajustada.

Aun hoy día sus olivos,  
cóncavos por edad larga,  
cuentan del aire impelidos  
al agitarse sus ramas  
del tiempo de la conquista  
los encuentros y batallas.

Aquí suenan, es la peña  
do *Xenall* tremolaba,  
retando al aragonés  
de *Benzulena* la banda.

Allí perdiera *Abubecar*  
su tremenda cimitarra,  
traspasado el brazo diestro  
por una enemiga lanza.

Aquí *Omar* á tres cristianos  
mantuvo contienda larga;  
uno mató, y de los otros  
recibió dos estocadas.

Allí el fogoso alazan  
que *Zenitoraf* montaba,  
atropellando á enemigos  
solvó la insignia africana

Aquí fué viuda *Maróa*,  
allí vencedor *Abdalla*,  
y por aquí *Benabét*



á *Durfort* dió libre entrada,  
sometiendo á los contrarios  
los pueblos de esta comarca.

Después en aqueste valle  
que del orbe se recata,  
se dió asilo á la virtud  
y austeridad solitaria,  
cuyo camino entre peñas  
cipreses fúnebres marcan.

Todo es silencio apacible,  
tranquila inocente calma  
que celebran ruiseñores  
y gilgueros á bandadas.

Aquí batió *Gual de Mur*  
el tropel de gente armada  
con que feroz *Barbaroja*  
á *Valldemusa* saqueára,  
y le quitó los cautivos,  
saco y pendon que llevaba.

Aquí cincuenta del pueblo  
comandados por *Zanglada*  
reembarcaron la morisma  
del puerto *la foradada*.

Aquí *Jovino erudito*  
mas de diez lunas contaba,  
llorando en adversa suerte  
los desaciertos de España.

Aquí también ciudadanos,  
que en *Barcino* se preciaban,  
víctimas de sus virtudes  
condujo fortuna infausta.  
Con pecho firme aunque triste  
buscando alivio á sus ansias,  
y en prolongados paseos  
encuentra consuelo el alma.  
Ora do nace el arroyo  
observan su linfa clara,  
y á la causa de las ciencias  
sus ideas las comparan,  
que en raudales divididas  
lleven el bien á su patria.  
Ora miran de la aurora  
el carro y eje de nacar;  
mas tal vez nube interpuesta  
les impide contemplarla,  
y se acuerdan de otra aurora

que allá en su pueblo brillaba,  
otro tanto oscurecida  
por nubes aglomeradas.

Canta el colono en el campo  
los romances de *Rosaura*,  
observan en la casita  
su mujer bajo la parra  
hilando junto á su niño,  
y aderezando las havas:

¡Oh cuántas veces su suerte  
por esta humilde trocaran,  
que no conoce la intriga  
ni ingratitudes amargas!  
Encuentran la fresca yedra  
que con la higuera se abraza,  
y así quisieran unidos  
todos los genios de España.

En quitar la mala yerba  
ven cuadrillas ocupadas,  
otro tanto ellos quisieran  
que entre los hombres se usara.

Ningun animal dañino  
en cumbres ni sierras hallan,  
mas nos cuentan que en su tierra  
hasta en los palacios andan.  
De cuando en cuando en el monte  
se sientan á media falda  
de madroños y lentiscos,  
y verde mirto adornada,  
do las aguas se despeñan  
al son de las alboradas,  
y el azahar llena el ambiente  
de su agradable fragancia:  
mas entre los altos pinos  
un cuervo graznando pasa  
del modo que á sus placeres  
cálculos tristes asaltan,  
y en busca de distracciones  
trepan la cuesta encrespada.  
Desde allí la mar descubren,  
hay quien cree ver á España,  
y entonces enternecidos  
¡patria! ¡cara patria! esclaman.

JOAQUIN MARÍA BOVER.



(Vista de la Cartuja de Valldemusa.)

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.